

La apasionada revolución de Oruro

Dr. Alfonso Gamarra Durana (*)

LOS ACONTECIMIENTOS

La idea libertaria surgió espontánea en Oruro, porque no se necesita estudiar tratados ni a enciclopedistas para percibir que la libertad no existe en un determinado territorio o que se vive avengonzado por la opresión. El hombre siente de por sí cuando está sojuzgado. No necesita doctores que inflamen al pueblo con su verbo. En Oruro, éste se levantó inesperadamente, en proporciones colosales y sin medir consecuencias.

El 9 de febrero de 1781, por noticias crecientes de una invasión de la indiada a la villa, los criollos se acuartelaron por orden del Corregidor español, y de acuerdo con planes defensivos de antiguo instaurados, salir de allí a patrullar, en caso necesario, combatir a los atacantes. El capitán Menacho y su alférez Azurduy hicieron circular el rumor de que habían sido acuartelados para ser pasados a cuchillo por los españoles, los que a su vez creyeron que aquellos estaban en connivencia con la indiada. Las mujeres de los acuartelados llevaron armas cortantes a los milicianos, los que finalmente se rebelaron provocados por las actitudes altaneras del Corregidor Urrutia. Esta reacción fue instintiva porque el denominador común entre mestizos, criollos e indios de la villa era el odio al peninsular.

Las distintas compañías abandonaron sus posiciones y deambulaban indisciplinadamente por las callejuelas. Urrutia amenazó con iracundia a los milicianos, y pretendió hallar a don Jacinto Rodríguez, que hasta hace poco había sido autoridad de la villa, para que éste lograra la pacificación. El momento de la detonación había llegado pues se temía que se hubiera descubierto que don Jacinto era el que manejaba secretamente los acontecimientos. Al día siguiente, se exasperaron los humores, se produjeron disparos que la nerviosidad hizo contestar, y "la gentalla" arremetió contra una casa de europeo que por su construcción se adaptó como fortaleza para defender a los españoles que allí se habían parapetado. Entre los atacantes se destacó Sebastián Pagador que horas antes había lanzado una arenga reclamando la libertad y jurando a luchar hasta la muerte por conseguirla. La forma en que se exteriorizaron ciertos razonamientos, el tono cómo se los pronunciaba, el temperamento de quienes escuchaban, condujeron a actos emocionales inolvidables. Como esas frases de Pagador que, penetrando al fondo de las conciencias, les sirvió como lección de patriotismo y tuvieron la virtud de que sean repetidas hasta en los rincones de Oruro.

Después de largo combate se incendió la mencionada casa, y se saquearon las demás viviendas de foráneos, dando muerte a cuanto europeo se encontró. Aparecieron Jacinto Rodríguez, Manuel Herrera y Clemente Menacho, los líderes del sector criollo y de los milicianos. Al primero se lo nombró Justicia Mayor con lo que se consolidó el triunfo de la revolución. En la hora escogida por el destino, don Jacinto creció en la magnitud que esperaba la historia. Lo que él solamente pudo ver en la nebulosa del futuro, arrastró a los demás pobladores de Oruro. Su ideal lo conocieron todos, pero algo suyo ebullió más aún, para luchar en el interior de ellos. Su hombría de entonces pudo quedar en los anales de siempre.

El 11 de febrero ingresaron contingentes de indígenas con el criterio de ayudar a los criollos, buscaron españoles escondidos y cometieron toda clase de excesos. Rodríguez de Herrera planeó establecer un gobierno independiente, y porque tenía convocatoria sobre los indios, les prometió reformas tributarias y

actitudes liberales; los indios de Sorasora creyeron consolidar así un capítulo previo para la llegada de Túpac Amaru.

En medio de la euforia de los vencedores, Sebastián Pagador habría arrancado las Armas Reales como muestra de la oposición que existía al estado español. Se produjo una conciliación momentánea de criterios entre los rebeldes campesinos y urbanos. Los caminos paralelos de sus vidas se juntaron, enseñando que algún día se podía producir la amalgama de las razas del continente. Sin embargo, no cayó el telón de la revolución cuando, muchos meses después, retornaron tropas españolas, sino cuando los intereses pequeños, egoístas, de ambos grupos triunfantes se enfrentaron, llevándoles a batallar mutuamente.

LOS VÍNCULOS REVOLUCIONARIOS

Los escribanos dejaron, para vencer el misterio del tiempo, la semblanza de un personaje que, por sus cualidades, había llegado a ser modelo de hombría del que, en el momento oportuno, supo ser el alid y portador de los ideales de su pueblo. *"Por lo que deliberó el Vicario de la villa, ir a la casa de Dn. Jacinto Rodríguez a quien le hizo presente lo acaecido y el estado en que se hallaba: expúsole con fuerza la estimación que merecía, el aprecio que se hacía de él, y el casi despótico dominio que tenía sobre aquellas jentes, pues le obedecían ciegamente y adherían siempre a sus dictámenes... (1)... y les propuso si querían reconocer por tal a Dn. Jacinto Rodríguez a que generalmente respondieron que lo aclamaban por Justicia Mayor, y obedecerían en todo..."* (sic) (P. de Angelis).

La relación entre los criollos de estratos superiores y la plebe se rompió abiertamente a los pocos días de la revolución. Fue cuando Jacinto Rodríguez de Herrera ordenó la devolución de los objetos robados a los españoles durante el saqueo, y el abandono de los nativos de las casas que ocupaban abusivamente.

La indiada estaba dirigida en sus tropelías por un patán llamado Torreadorcito y fue él, molesto por la determinación del Justicia Mayor Rodríguez, que quiso volver los ánimos contra éste. La autoridad hizo detener al insolente y le formó una causa sumaria; mientras tanto la plebe atacó la cárcel y la casa de Rodríguez, peor fueron puestos en desbandada, y con ello Torreadorcito fue pasible de la pena capital.

La amenaza de los autóctonos persistió, sin embargo, pues pretendían adueñarse de domicilios y de los campos agrícolas, aduciendo sus pretendidos derechos por haber actuado como aliados circunstanciales. El 16 de febrero de 1781 los villanos e indios pasaron de las reyertas a hechos francamente beligerantes. Hubo nuevamente sangre en las calles de Oruro, y los combates llegaron a desarrollarse también en el campo, empujando a las masas indias a volver a sus territorios. Junto con los guerreros criollos, bien organizados por los hermanos y coroneles Rodríguez, hubo un destacamento militar de sacerdotes en cuyo mando estaba el Vicario de la Inquisición Patricio Gabriel Menéndez. Años después fue una prueba ante los tribunales españoles de que todos éstos no tenían ninguna ligazón con los alzamientos de Túpac Amaru.

No obstante que el Domingo de Ramos de 1781 ingresó a Oruro el destacamento realista de cochabambinos dirigidos por don José de Ayarza, Jacinto Rodríguez siguió al mando de la villa hasta octubre de 1782, confirmado por el virreinato de Buenos Aires para someter a los indios de las comarcas vecinas al régimen español. En esa época, su hermano Juan de Dios fue nombrado Justicia Mayor de la provincia de Parí.

Hasta entonces los Rodríguez aparecían en los papeles como funcionarios ocupados en mantener la autoridad de estas regiones, pero habiendo sospechas de un nuevo intento revolucionario, ya nadie tuvo dudas de su comportamiento en la rebelión febrerina. Después de esto, sufrieron secuestro y destrucción de sus propiedades, toda clase de vejámenes y agresiones verbales en un proceso judicial arbitrario. Cuando ya habían fallecido, se dictó la sentencia absolutoria en 1801, en la que se concluían también con indulgencias de distinto grado al cura Menéndez, al abogado Mexía, y a los reos Antonio Quiroz, Diego Flores, Clemente Menacho, Nicolás Iriate y José Azurduy.

La trascendencia del papel de Jacinto Rodríguez sale aun del misterio histórico cuando se descubren muchos hilos que querían mover la tramoya de connivencia tupacamarista en Oruro. Vivía en esta villa un personaje -auténtico y real en los documentos- que tenía legítimo derecho al incazgo. Era Blas Túpac Amaru, capitán de las milicias de La Plata y avcindaado en Oruro. "El antecesor común tanto de Blas como de José Gabriel, el jefe del grandioso movimiento rebelde de 1780-1781 fue Felipe Túpac Amaru, progenitor de Juana Ñusta".

El Consejo de Indias había nombrado a éste "Capitán Perpetuo y Defensor de Naturales para la villa de Potosí". Sería uno de los prosélitos de la extensa conspiración continental planeada por José Gabriel. Aunque no hay pruebas al respecto, es de suponer que durante su radicatura en Oruro habría actuado en el sentido de hacer valer su linaje inca, o por lo menos, de aleccionar a nativos y mestizos sobre la horrenda miseria en que se debarían.

Otros motivos para pensar en la participación directa de Oruro en los actos rebeldes de esos tiempos existen, y variados; como que el orureño Miguel Galleguillos fue uno de los secretarios de Túpac Amaru; y que Túpac Catari mandó un emisario a la villa orureña como acto principal de su labor informativa. (B. Lewin)

En la colección de enigmas históricos aparece la demanda: ¿Quién fue el verdadero representante tupacamarista en Oruro, o quién realizó la previa actividad proselitista? Desde que los documentos y análisis históricos posteriores no aceptan que Jacinto Rodríguez haya actuado movilizándolo en esa circunstancia, la pregunta es mayor: ¿Sebastián Pagador? Un hombre relacionado con la plebe puesto que, como dependiente de don Jacinto, estaba acostumbrado a tratar con los nativos. Ya en 1757, en una pelea con el chapetón Juan de Picaza había demostrado su brío no temiendo a los extranjeros. Mucho más tarde, en 1781, yendo con la masa por las calles de Oruro, rompió el escudo real del edificio de correos, y a los días no más, sería la víctima de sus propios cuando quiso evitar el asalto a las Cajas Reales. ¿Era el caudillo de los naturales? Murió por la violencia reinante y la furia incontenible de indios que sintieron el libertinaje como ruptura de sus cadenas. ¿Es que había hecho un llamado a la concordia con los criollos para estabilizar la situación?

(* Dr. Alfonso Gamarra Durana es miembro de la Sociedad Boliviana de Historia)

